



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 1.º de Mayo de 1864.

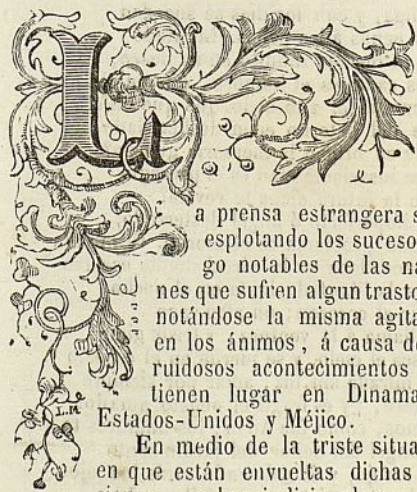
NÚM. 23.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—Byron y Lamartine, por D. Teodoro Llorente.—Yelmo de D. Jaime I, por D. R. Blasco.—Compañías de guadañeros polacos.—La imprenta: breves consideraciones sobre la misma, por D. Pedro Manuel Yayo.—Dicha comprada, por Doña Joaquina García Balmaseda.—A los héroes del Dos de Mayo, (poesía) por D. Francisco Pérez Echevarría.—La guerra, (poesía) por Don José María Bonilla.—Melodía, (poesía) por D. S. López Guijarro.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—El termómetro.

Láminas. Yelmo de D. Jaime I, existente en la Armería Real.—Insurrección de Polonia: tipo del campesino armado de guadaña.—El termómetro.

REVISTA DE LA SEMANA.



La prensa extranjera sigue explotando los sucesos algo notables de las naciones que sufren algún trastorno, notándose la misma agitación en los ánimos, á causa de los ruidosos acontecimientos que tienen lugar en Dinamarca, Estados-Unidos y Méjico.

En medio de la triste situación en que están envueltas dichas naciones, no hay indicio alguno que

haga presagiar una halagüeña esperanza de orden y prosperidad.

Las tendencias revolucionarias parecen empeñarse en continuar gravitando sobre la desnivelada balanza de la actual situación de aquellos países.

¡Cuán dolorosa perspectiva ofrece la revolución en su desenvolvimiento!

La llegada del rey de Prusia al teatro de la guerra hace creer positivamente que no satisfechos con la victoria alcanzada desean continuar sus agresiones contra Dinamarca.

La permanencia de Garibaldi en Londres ha dado motivos para que la prensa inglesa ocupe la atención de sus lectores.

Los desórdenes que han estallado en Túnez parecen tomar un carácter alarmante; ha sido depuesto el bey, y de Tolon han salido tres navíos de línea de hélice y una corbeta de vapor, á las órdenes del mariscal francés Herbinghem.

El gran problema de la felicidad de las naciones, no solo no se ha sabido resolver en las apartadas regiones de que llevamos hecha mención, sino ni plantearlo siquiera.

Las legislaciones han sido ineficaces é inútiles y estériles la moral y la filosofía.

En vano parece que descuelle en la noche de los tiempos, el luminoso siglo que atravesamos.

Effimeras son esas ráfagas de civilización que de vez en cuando llenan los ámbitos de la tierra, puesto que no hemos logrado ver un resultado tangible por el cual se consiguiese el perfeccionamiento de los pueblos, verdadero origen de la dicha de las naciones y de la humanidad.

Sombrio y aterrador es el exámen de las condiciones de esos pueblos que hoy luchan y se agitan entre sí.

Oscuras tintas serian las que empleásemos

en nuestros pinceles si llevados del pensamiento continuásemos las descripciones.

Afortunadamente no tenemos mas que acariciar en nuestra mente la idea que con fundamento tenemos formada de la nación en que vivimos, para que se desvanezcan nuestros tristes pensamientos, como la niebla que rodea las montañas al primer destello del resplandeciente sol.

Los elementos de dicha y prosperidad se encuentran en nuestra España.

La perspectiva de desarrollo que presenta, es incalculable.

La industria nos proporciona multitud de capitales que impuestos en grandes obras y en colosales empresas, dan el sustento á miles de familias, procurando á otras un lisonjero porvenir para su vejez.

Aparte de las grandes obras que hoy se levantan en determinadas provincias, y en corroboración de lo que llevamos dicho, vemos anunciada la creación de un *Banco Central*: el primero en España que abraza las operaciones mercantiles de otras varias sociedades de crédito.

A un valenciano se debe la iniciativa, y éste es el opulento banquero Sr. Campo; sus afanes y desvelos se han visto plenamente satisfechos al realizarse su proyecto, pues las acciones emitidas han conseguido un sobreprecio considerable.

Si reparamos los diarios que se publican en varias de nuestras provincias, encontramos en ellos diferentes noticias referentes todas á las obras ó proyectos que hay para el embellecimiento de las capitales. Uno es en la actualidad el que preocupa la atención general, y es el establecimiento de los relojes eléctricos en nuestra vecina ciudad condal, proyecto grandioso y hasta hoy único en Europa, y del que se ha ocupado ventajosamente la prensa periódica.

Todas estas empresas, todos estos proyectos, toda esta vitalidad que hoy vemos en nuestra floreciente España, está sostenida por el barómetro de la confianza que reina entre todos los ciudadanos; indicio el mas seguro de la estabilidad de nuestro gobierno y de las sólidas bases en que se apoya, gobierno que lleva en su seno un motor constante que ha conseguido en el corto período que lleva de vida, hacer que se estrellen en unos mismos escollos los partidos contrarios.

La industria, las ciencias y las artes, todo parece encontrarse en su apogeo.

Si largos disturbios han sido causa de que los hombres estudiosos se concretasen á ejecutar sus obras sin que éstas pasasen del dominio de los amigos mas íntimos, hoy se hacen públicas, dando honor al talento y estímulo á la juventud estudiosa.

Una atrevida obra literaria se ha leído con general complacencia en una reunion de personas ilustradas de la corte. Esta es la segunda parte del *Diablo mundo*, debida á la pluma de nuestro apreciable amigo y colaborador D. Maximino Carrillo de Albornoz.

Este acontecimiento literario, dará indudablemente un renombre á este poeta, pues para escribir una obra de esta naturaleza, se necesita tener una imaginación capaz de idealizar todo lo que el corazón siente y todo lo que el pensamiento concibe.

Otra brillante reunion literaria tuvo lugar el sábado de la semana anterior en casa del Sr. Marqués de Molins, presidente de la comisión de la Academia Española, que entiende en lo relativo á las exequias que se celebran en el aniversario de la muerte de Cervantes; á ella acudieron la mayor parte de los cultivadores de las letras y las artes, se leyeron varios trozos del Quijote y otras composiciones.

De esta clase de amenas é instructivas reuniones, nada halagüeño podemos decir respecto á nuestro suelo, el estrecho círculo en que parecen encerrados nuestros escritores no puede dilatarse y cada cual se concreta á saborear en su gabinete las obras de nuestros ingenios al lado de los placeres que le proporciona el hogar doméstico.

Nuestro teatro sigue presentándonos variedad en sus funciones y la noche del martes se estrenó con buen éxito la nueva ópera titulada *Una vendetta ó sia la sposa di Murcia*, música del Sr. Agostini.

Dejemos de trazar mas líneas, y corramos en busca de los placeres con que nos brinda la estacion y los amenos y floridos sitios de recreo donde acuden las bellas y elegantes hijas del Turia.

GERÓNIMO FLORES.

BYRON Y LAMARTINE.

Una tarde del verano de 1819, dos jóvenes, uno de ellos de elevada estatura, porte distinguido, semblante pálido, frente elevada y mirada triste, y el otro de vulgar aspecto, paseaban distraídos y silenciosos por las orillas del pintoresco lago de Ginebra. Acababa de ponerse el sol, y las brumas del ocaso se levantaban de las aguas y envolvían todos los objetos.

Un esquife, cortando velozmente el cristal del lago, atracó á la orilla: otro joven, de aspecto femenino, de complexion delicada, pero de aire arrogante y mirada desdeñosa, saltó del bote á la playa, y sin dar tiempo á que se notase el defecto de su pie que ligeramente cojeaba, montó en un bello corcel que le esperaba, y partió en un rápido escape, yendo á perderse entre los árboles de una de las encantadoras villas que se reflejan en las aguas del lago.

—¿Ves ese hombre? Le dijo el joven de aspecto vulgar á su silencioso compañero.

—Sí, ¿quién es?

—Lord Byron.

Un estremecimiento imperceptible conmovió á aquel mancebo que tan abismado parecía en su meditacion ignorada; animáronse sus ojos, cruzó por ellos un relámpago, y su mirada, no sabemos si admirada ó envidiosa, voló en pos del ginete, que pasaba como una sombra entre las crecientes nieblas.

Aquel joven, completamente desconocido, hijo de un pobre segundón de una familia noble de provincia, era Alfonso de Lamartine.

Estaba en los albores de la existencia, y miraba cerradas todas las sendas de la vida. Condenado al reposo y á la soledad, sentíase devorado por el ansia febril de la gloria; enfermo del corazón y de la fantasía, descorazonado, abatido, vió al hombre mas feliz de la tierra en aquel poeta misántropo, joven, bello, noble, millonario, admirado en toda Europa, viajando á su capricho por los países mas pintorescos ó fijando en ellos su errante morada, dueño de hermosas falúas, de arrogantes caballos, de amables queridas, y á pesar de todo, sarcástico y desdeñoso, abrigando en su pecho pasiones indómitas, y rebosando el corazón de amargura.

Aquella aparición deslumbradora fue un acontecimiento para el joven Alfonso. La figura del poeta británico no se separaba de su imaginación, y encerrado aquel otoño en la casa paterna, en Milly, ó vagando por los circunvecinos collados, devoraba calenturiento los fragmentos del *Corsario*, de *Lara*, de *Manfredo* que traducidos al francés habia publicado una revista ginebrina. Lamartine solo probó una gota de la poesía de Byron, y se sintió embriagado. Habia encontrado al fin —él mismo nos lo dice— un poeta que respondía á las voces que sonaban vagas en su interior.

Un día de invierno los ojos de Lamartine se fijaron en la cima nevada de Montblanc, y el recuerdo de lord Byron vino á atormentarle con mas fuerza que nunca. Sentóse al fuego de su pobre chimenea, alimentada con secas cepas, y sobre sus rodillas comenzó á escribir con lápiz, y sin objeto ni plan, dando salida á los pensamientos que hervían en su mente. Pálido, convulso, ardiente la mirada y trémula la mano, permaneció largas horas escribiendo, absorto completamente en su obra. En vano le llamó su madre, inquieta porque el hijo querido no se presentaba á la mesa de la familia; en vano quiso arrancarle á su inspiración. Alfonso le leyó sus versos, y aquella santa muger se sintió conmovida. Le llevó un pedazo de pan y frutas secas, y le dejó solo. Al retirarse lloraba de alegría.

Después de diez horas de encierro —ya era de noche— Alfonso bajó, cubierta la frente de sudor, á la sala de la familia, y leyó á su padre, con voz entrecortada por la emoción, los siguientes versos (1):

EL HOMBRE.

Á LORD BYRON.

I.

Tú, cuyo verdadero sér ignoro,
Mortal ó semidios, ángel ó diablo,
Genio del bien ó el mal, seas quien fueres,
En escuchar, poeta, me complazco
De tu voz triste la armonía ruda,
Como el rugido de los vientos amo
Y el fragor del torrente, y el del trueno
Ronco estampido anunciador de estragos.
Tu morada es la sombra, tu dominio
Es el horror; también los verdes llanos
Huye el águila, reina del desierto,
Y busca el de la cumbre alto peñasco
Cuya nevada frente la centella
Hirió, la húmeda playa do el naufragio
Sembró sus restos fúnebres, ó el tinto

(1) Esta *Meditación* que es la segunda de las que forman la primera colección publicada por Lamartine, ha sido traducida por el autor de estos artículos

En sangre del combate rojo campo.
Esconda la paloma enamorada
El feliz nido en deleitoso prado
Do corre entre las flores fresco arroyo,
Audaz vuela á la cúspide del Atos
El águila caudal, sobre el abismo
Anida, y entre miembros desgarrados
Que rojos manchan las cortadas rocas,
Goza en el grito que arrancó el espanto
A su víctima, y pide que le arrullen
Su breve sueño el huracán y el rayo.

Y eres tú como el águila, poeta:
Los gritos del dolor son de tu canto
El triste ritmo. El mal, ese es tu imperio.
El hombre, esa es tu víctima. Has osado
Medir, como Satan, el hondo abismo,
Y eterno adios á la esperanza dando,
De Dios huyendo y de la luz, al fondo
De la sima te arrojas insensato.
Como Satan, en las tinieblas reinas,
Y da tu genio audaz al arrebató
Del orgullo la voz, que himnos eleva
Al dios del mal con mofador sarcasmo.
¡Luchar contra la suerte! ¡Loco intento!
¿Qué puede la razón contra los hados?
A la razón, cual á los ojos, cierra
La sombra el horizonte. ¡Temerario
El pensamiento y loca es la mirada
Que romper quiere el límite sagrado!
Mas allá de la meta, desaparece
Todo, todo se borra. Estrecho espacio
Dios señala á tu vida. ¿Cómo? ¿Dónde?
¿Por qué? ¿Quién sabe! El mundo y los humanos
Cayeron de su diestra, cual del cielo
Las estrellas y el polvo de los campos.
El lo sabe: eso basta. ¡El orbe es suyo,
Y solo es nuestro el pasajero lampo
De este instante fugaz! Es nuestro crimen
Ser hombres, y la ciencia ansiar ufanos:
Ignorar y servir, la ley es esa.
Duro es, oh vate, el doloroso fallo,
Y yo también, del alma en el secreto
Largo tiempo dudé; mas afán vano
Es la verdad huir. Tu único timbre
Ante Dios, es ser obra de sus manos.
Sentir y amar tu esclavitud divina,
Y, gota de agua en infinito océano,
Tu libre voluntad á las corrientes
Unir de sus designios soberanos,
Ser hijo de su mente, y de la vida
Un himno hacer para sin fin loarlo,
Esa es tu suerte. Lejos de acusarla
El yugo besa que intentaste ingrato
Quebrantar impotente. De la cumbre
Baja do te mentía imaginario
Un cielo la soberbia. Bueno es todo
Y grande, en su lugar. Para Dios tanto
Vale, como el sol de oro, el pobre insecto:
Uno y otro lo mismo le costaron.

«Pero esa ley indigna á mi conciencia,
Altivo exclamas tú: capricho extraño
Es y oculta asechanza do tropieza
La razón vacilante á cada paso.»
Confesémosla, pues; no la juzguemos.
A mis ojos también el cielo claro
De la verdad encubren densas nubes,
Mas penetrar no intento el negro arcano.
¡Aquel que lo tendió desgarré el velo!
Cuanto mas profundizo en ese vasto
Abismo, menos veo. En la existencia
El dolor al dolor con firme lazo
Se liga, y con los días se suceden
Las penas á las penas. Limitado
En su fuerza, infinito en su deseo,
Dios caído es el hombre, que en el fango
Recuerda el alto cielo. ¿Es que infelice
Fue del paterno eden desheredado,
Y de su origen la memoria guarda?
¿Ese insaciable afán es el presagio
Que la futura dicha le revela?
Sér imperfecto ó ángel desterrado,
Hondo problema es el mortal. El mundo
Lo encadena en la cárcel donde esclavo
Para la libertad siente en el pecho
Latir el corazón; un afán vago
Le llama á la ventura, y triste gime;
Busca el cielo, y se pierde en el espacio
Su mirada sin luz; amar por siempre
Quiere, y es fragil el objeto amado!
Somos, como fue Adán, los hombres todos:
El ángel del Señor del jardín santo
Lo arrojó, y él volviendo atrás los ojos
Medroso y triste se sentó llorando

A las cerradas puertas. A lo lejos
Dulce escuchaba, en los perdidos campos,
Del celestial amor flébil suspiro,
La voz serena de la dicha, el grato
Concierto de los ángeles que elevan
El himno eterno al númen soberano,
Y arrancando del cielo el pensamiento
Su suerte contempló con frío espanto.

¡Ay del proscrito que en la baja tierra
El sonoro rumor oye lejano
De otro mundo que envidia! Si una gota
Del néctar celestial cae en sus labios,
La vida encuentra amarga, y á otra esfera
Tiende su fantasía el vuelo rauda.
Forzada tu prision, naturaleza,
En etéreas regiones un palacio
Levanta el alma, do la fuente brota
Del amor y el saber. Jamás exhausto
Olas le brinda al corazón sediento
De belleza y de luz, para inundarlo,
Eterno manantial, y embebecido
Del sueño de oro en el sabroso encanto,
Cuando á la odiosa luz abre los ojos
Maldice el hombre el despertar amargo.

Ese fue tu destino, esa es mi muerte.
Cual tú, del cáliz ponzoñoso el ágrío
Licor bebí, sin perdonar las heces:
Los ojos, como tú, los abrí en vano.
Al universo pregunté su origen,
Su destino y su fin; del hondo espacio
El límite buscó mi audaz pupila;
El leve polvo examiné y los astros;
Evoqué el porvenir, los muertos siglos
Loco estudié; para escuchar los sábios
Surqué los mares; mas sellado libro
El mundo es al orgullo. En el regazo
De la feraz naturaleza el alma
Buscó refugio, y el terrible arcano
Del orbe inmenso descifrar quería
En las oscuras páginas. El tardo
Curso seguí de los que el cielo alumbran
En mares de éter encendidos faros;
Y medité, la frente en la ceniza
De los pueblos que el tiempo ha devorado.
Descender á sus tumbas me vió Roma:
Turbando de sus manes el descanso,
La ceniza de Césares y Augustos
Pesé en el hueco de mi débil mano,
Y la inmortalidad, afán del hombre
¡Al seco polvo le pedí insensato!
Yo buscaba el misterio de la vida
En los siniestros ojos apagados
Del moribundo, y á la cumbre enhiesta
Trepaba audaz, y con valiente brazo
Del mar cortaba las revueltas olas,
Vuestro sonoro choque contrentando
¡Oh rudos elementos! Yo en la tierra
Ví la sibila que atormenta el sacro
Furor del númen, cuando loca estalla
La fragorosa tempestad, y osado
Sorprender quise el lúgubre secreto
Que en sus horrores nos revela acaso.
Mas busqué en la tormenta y en la calma
El misterio del mundo sin hallarlo:
Ví á Dios, sin comprenderlo, en todas partes.
El mal y el bien en espantoso caos
Hallé do quiera, y blasfemé del cielo,
Y en la muda estension del aire vano
Mi voz perdida ni siquiera pudo
Contra mí concitar los duros hados.
Mas un día cansó mi eterna queja
Al cielo pio, y luminoso rayo
Bajó hasta mí de la sagrada altura;
Sentí á la bendición abierto el labio,
Y así, cediendo al soplo que me inspira,
Brotó de la verdad el himno fausto.

II.

¡Gloria te den sin fin los siglos todos,
Suprema voluntad, razón eterna!
¡Te anuncia al universo cada aurora!
¡La inmensidad conoce tu presencia!
Fecundador tu aliento ha descendido
De la invisible nada en las tinieblas,
Y aparece ante tí quien no existía.
Oí tu voz, y me lancé á las puertas
De la vida: ¡la nada te saluda!
¿Quién soy? ¿Quién soy! un átomo que piensa.
¿Quién la distancia que de tí me aparta
Medir podría? Y tú, que la existencia
Me das, Dios creador, ¿qué me debías?
¿Qué me debías antes que naciera?
Nada debiste, y nada debes: ¡gloria

Al soberano fin! La omnipotencia
Creó los orbes con su propia vida,
Y en sí la vida universal encierra.
Goza, goza en las obras de tus manos,
Artífice inmortal; dispon, ordena:
Para cumplir tus órdenes existo.
Como mas á tu gloria grato sea
Márcame en el espacio y en el tiempo
Mi día y mi lugar. A dó me lleva
La vía que trazaste, no pregunto:
Lo mandaste, y avanzo. Como ruedan
Los astros de oro en el azul espacio
Donde tu dedo les mostró las sendas,
Iré, bañado en vivos resplandores,
O envuelto triste en apagadas nieblas,
Do tu pródiga mano me conduzca,
Ora escogido entre tus astros sea
Para alumbrar el orbe, reflejando
Tu pura luz, y espléndido aparezca
De radiantes esclavos circundado
En el etéreo cielo; ora tu diestra
A los vientos me arroje, átomo leve
Que á merced de su soplo errante vuela.
Contento con mi suerte, ¡es obra tuya!
Tributo igual te rendiré do quiera;
Siempre en mi labio escucharás un grito:
¡A tu poder supremo gloria escelsa!

¡No te engrías, razón, mas no te postres!
Hijo flaco del mundo, árduo problema
Son mi destino y fin: soy cual la luna
Que la celeste luz móvil refleja
Con faz brillante, y el opaco disco
Envuelve al mismo tiempo en sombras densas.
Unir dos infinitos en el hombre
Quisiste, oh Dios, y en la estendida tierra
Es el mas desdichado de los seres.
Quizá en otro eslabon de la cadena
Pudiera mas feliz.... ¡Queja insensata!
Soy lo que ser debí: sin comprenderla
Tu divina razón adoro. ¡Gloria
Gloria á tí, que me has hecho! serán buenas
Las obras de tu amor. Pero, Dios mío,
Me abruma el peso de la vida, y fiera
De la cuna me arrastra hasta el sepulcro
La adversidad. Camino en las tinieblas
Sin camino, ni báculo, llamando
Con inútiles gritos á la bella
Perdida juventud, que huyó cual huye
Raudal sonoro en áspera ladera.

¡Gloria á tí! la desgracia me ha escogido,
Me ha escogido en la cuna. De tu diestra
Fragil juguete soy. Bañado en llanto
Devoré siempre el pan, y siempre llena
Mi copa hallé de tus terribles iras.
¡Gloria á tí! Mi dolor lanzó sus quejas
A tus pies, y sus quejas desdeñaste,
Y la frente sin paz doblé á la tierra,
Y si el día esperé de tu justicia,
Vino ese día á duplicar mis penas!
¡Gloria á tí! La inocencia es á tus ojos
También culpable. En la estension desierta
Del universo, á mi cariño solo
Quedaba un sér: uniste su existencia
A la mía tu mismo; era su vida
Mi vida, su alma mi alma. Y cual flor tierna
Aun en capullo al vástago arrancada,
Yo la ví en su lozana primavera
Robada á mi pasión. Porque mas duro
Rompiese el golpe mis entrañas, lenta
La hirió la muerte y en su bello rostro
Vi la vida luchar, vi con luz nueva
Al calor del cariño en sus pupilas
Brillar de la salud la llama incierta.
«¡Un día mas!» frenético pedía,
Y como el criminal que en las tinieblas
Avanza inquieto en lóbrego recinto,
Se inclina hácia su lámpara y observa
Morir su última luz, así mis ojos
Clavaba ansioso en su pupila muerta,
Y en su postrer mirada el alma pura
Buscaba que á tí, oh Dios, voló con ella!
¡Arrancó mi esperanza aquel sollozo!
Tú al dolor le perdonas la blasfemia:
Blasfemé loco.... Me arrepiento: ¡Gloria,
Gloria al Señor! Creó su omnipotencia
Para correr el agua del torrente,
El aquilon para surcar la esfera,
Para alumbrar los soles, y los hombres
Para sufrir. ¡Y asáz de mi existencia
Cumplí tu dura ley! El universo
La obedece, Señor, sin comprenderla
Mas la razón humana la descubre
Y la rebelde voluntad sujeta

Complacido á la tuya: el hombre solo
Halló un santo placer en la obediencia.
Tu prevision admiro en mi destino,
Tu justicia venero en mis miserias;
¡Gloria á tí! ¡gloria á tí! fulmina el rayo
Y fiel esclamaré: «¡Bendito seas!»

III.

Así mi voz cansada subió al cielo;
Glorificó al Señor mi humilde labio,
Y él hizo lo demás. ¡Oh, lira mía,
Basta ya! Tú que tienes en la mano
El palpitante corazón del hombre,
Púlsala, oh vate, y brote el dulce canto
En raudal abundoso: para el genio
Dios creó la verdad. Dirige al claro
Firmamento esa voz que del averno
Retumba impía en los oscuros antros.
¡El cielo tus acentos les envidia!
Alza la frente que encorbó el espanto,
Y la luz superior brillará en ella.
Eleva el himno, y el rencor infausto
Dentro del pecho sentirás calmarse
De tu propio cantar al dulce halago,
Y de la luz que disipó las sombras
Al mundo tú reflejarás los rayos.

Si un día suspirase acongojada
Tu tensa lira, humedecida en llanto,
Tus inmensos dolores; si en la sombra
Del ciego abismo de la nada, osado,
Como un ángel proscrito, sacudieras
Las alas inmortales y elevando
El vuelo hácia la luz, en las alturas
Tu voz unieras á los coros santos
De los eternos querubines, nunca
Las harpas de oro y de marfil, encanto
Del mismo Dios, en las celestes cumbres
Dulces sonaran con mayor aplauso.
Hijo caído de divina estirpe,
Levántate, ¡valor! tu origen alto
Sellado está en tu frente; en tu pupila
Aun brilla el resplandor amortiguado
De la celeste luz. Rey de la lira,
Al hijo de la sombra el placer falso
Déjale de la duda y la blasfemia.
Corrupto incienso quema en holocausto
El bajo mundo á tu funesto genio.
Huye ese culto: buscarás en vano
Sin la virtud la gloria. Torna, oh vate,
A tu patria y recobra el noble rango
Entre los seres que animará el cielo
Para el amor, la adoración y el canto.

Enfrente de Byron se levantaba otro gran
poeta: en aquella ignorada estancia de la po-
bre casa de Milly, la poesía de la fe y del
amor nacia de la poesía de la duda y de la
deseesperación.

Lamartine no publicó su *Meditación*, ni la
envió á Byron: el pobre poeta de Milly igno-
raba el paradero del ilustre lord. Mas tarde
llegó á oídos de éste que un joven francés
había escrito una diatriva virulenta *contra sus*
crímenes. Satisfecho de que su naturaleza in-
ferral fuese tomada en serio, al vanidoso poeta
le plugo sobremanera la noticia.

¡Estas fueron todas las relaciones que me-
diaron entre los dos vates! Y sin embargo,
Byron llenó tan completamente el alma de La-
martine, que cuando espiró el noble lord, im-
presionando á toda la Europa con su catástro-
fe, el desconocido joven del lago de Ginebra,
ya poeta célebre de *Las Meditaciones*, se apo-
deró de las incompletas páginas del *Child-
Harold*, y trazó, con la misma pluma de águila
de lord Byron, el fin de su novelesca his-
toria. Goethe nos mostró al poeta en los reinos
ideales del arte; Lamartine conduce al hom-
bre hasta el dintel de la muerte, y nos deja
vislumbrar su sombra en el oscuro reino del
porvenir, donde la *palma del martirio* borra
sus faltas en el eterno libro de la vida.

TEODORO LLORENTE.

YELMO DE D. JAIME I.

Con el número 1632 existe en la Armería
Real el yelmo de que es reproducción el gra-
bado que publicamos en este número, y que

se atribuye al Rey D. Jaime I el Conquistador. Este yelmo se encontraba en las casas consistoriales de Palma de Mallorca, y su ayuntamiento hizo de él donación al Rey Fernando VII en 1831. Según leemos en el *Catálogo* de la Armería, es de cartón muy fuerte, está dorado en parte ó interiormente cubierto de esponja.

Ignoramos las razones que el ayuntamiento de Palma de Mallorca tendría para asegurar que el yelmo de que nos ocupamos perteneció al Rey D. Jaime; el redactor del *Catálogo* no vacila tampoco sobre este punto; pero nosotros nos atrevemos á dudar que en efecto perteneciese al invicto Rey, y creemos que nuestra duda tiene algún fundamento.

Nos admira en primer lugar que el yelmo de D. Jaime sea de cartón. ¿Puede buenamente creerse que el vencedor de cien batallas, que el que tomaba personalmente parte hasta en insignificantes escaramuzas, llevase al combate un casco de cartón? ¿Qué guerrero, qué capitán célebre de los siglos medios usó semejante armadura? No recordamos ninguno, ni tenemos presente tampoco historiador que semejante singularidad refiera del glorioso Rey.

A flaqueza de fuerzas no puede atribuirse, porque D. Jaime era tan aventajado de cuerpo como de ánimo; toda su vida fue un continuo combate, su reinado una lucha sin tregua, y en la *Crónica* que él mismo escribió con admirable sencillez y enérgica y pintoresca frase, refiere repetidos sucesos que demuestran su actividad incansable. Los historiadores aseguran que su estatura era colosal; así lo manifiesta su cadáver, existente hoy en la catedral de Tarragona, adonde fue trasladado desde Poblet, y así lo representan los retratos que de él existen en Valencia; uno en el lienzo de pared de la derecha de la iglesia de las monjas de la Puridad, procedente de la destruida ermita de San Jaime, cuadro que pertenece á la cofradía del mismo nombre, fundada por el citado Rey, y otro, muy parecido á éste, que posee la municipalidad (1). No es creíble, pues, que D. Jaime usase un casco de cartón, en aquellos siglos de virilidad, ó que este hecho no quedara consignado en la *Crónica* que él mismo escribió, donde mayores pequeñeces han hallado cabida.

En el citado libro encontramos en repetidas ocasiones la palabra *capell de ferre* (casco de hierro), no quedando duda alguna de que tal era la armadura de cabeza que el Rey usaba. En el capítulo XXXI de la conquista de Valencia, se lee lo siguiente: «E nos sempre de mantinent vestim nos lo perpunt sobre la camisa, que hanc no speram quens vestissem la gonella, e ab vns x. qui jahien denant nos los scuts abraçats, e los *capells de ferre*

(1) El cuadro existente en la Puridad representa al rey dando las constituciones á los individuos de la citada cofradía. Al pie del cuadro se lee: Vera effigies Invictissimi Regis Iacobi. En lo any de Nostre Senyor Dev. Iesvchrist 1238. a 28. de Setembre, lo molt alt, poderos y Senyor Rey en Iacme conquista la ciutat de Valencia y lliura aquella del poder dels Sarrahins, y en apres a 5 de Novembre 1246 lo dit Senyor Rey instituí, y fonda la lloable, y Real Confraria de Nostre Senyor Dev. Iesvchrist, de la Verge Santíssima, y del Glorios Apostol Sent Iacme el Major, es renova la Yglesia a 13 de Agost 1702.

El cuadro está pintado sobre la pared y se ha ido conservando á pesar de las renovaciones hechas en el edificio. Por el dibujo parece muy antiguo y en mi concepto podrá ser del siglo XV.

El retrato que se conserva en el Excmo. ayuntamiento tiene escrita en el pie derecho la siguiente inscripción: Sent Iurats. Vicent de Gascue. Gerony Pauesi. Ioseph del Olmo. Gerony Andreu. Ioan Luch Iuars. Ambros Palavicino. Pere Rodrigo. Racional, y Thomas de Cas, Sindich. Se mana pintar l'any 1631.



YELMO DE D. JAIME EL CONQUISTADOR, EXISTENTE EN LA ARMERIA REAL.

en lo cap corrent anam tro á les cledes hon era don Benet G.» *Capell de ferre* se llamaba siempre al casco, y no recordamos que el Rey use la sola palabra *capell* para indicar esta pieza de la armadura. En el capítulo II de la conquista de Murcia dice entre otras cosas: «E vn Sarrahí tirá de vn terrat vn cantal, e dona en lo *capell de ferre* a don Artal, si quel derroca del cauall, e daquell colp hacha morir.» Por último, en la edición de la *Crónica* del Rey hecha en 1557 (1), se encuentra un glosario de palabras y frases oscuras, y allí se lee: «Capell de ferre era armadura de cap á modo de sombrero y lo mateix se diu capellina.»

Una vez, que nosotros recordemos, se habla en el libro escrito por D. Jaime de un casco que no era de hierro. Hallándose al frente de Valencia, la compañía del arzobispo de Narbona tuvo una escaramuza con los moros de la ciudad. Ignoraban los franceses la estratagema que éstos usaban de simular una huida para atraer al enemigo cerca de la población y dirigirle despues tiros certeros al abrigo de las murallas, y el Rey les avisó que se retirasen. Despreciaron el aviso los franceses, y entonces el Rey, que iba á caballo, se acercó á ellos y los hizo retroceder. Al dirigirse al campamento, el Rey se volvió hacia la ciudad á mirar á los moros, y uno de éstos, ballestero, disparó contra él y la saeta atravesó lo *capell de sol* y el hierro le hirió en la cabeza, cerca de la frente (2).

(1) *Chronica*, ó comentarios del gloriosissim, e invictissim Rey en Iacme primer Rey Darago, de Mallorques, e de Valencia, Comte de Barcelona, e de Montpeller: dictada per aquell en sa llengua natural, e de nou feita estampar per los Iurats de la insigne ciutat de Valencia.—En Valencia. En casa de la viuda de Ioan Mey Flandro.—1557.

(2) Creemos que agradará á nuestros lectores conocer el texto original íntegro, que copiamos de la edición de la *Crónica* hecha en 1557, arriba citada. Dice así:

«Una vegada la companya del Arquebisbe de Narbona hazueren torneig ab los de dins, e no sabien la costuma dels Sarrahins, quels Sarrahins sen fugien per tal quels poguessen tirar prop de la vila. E nos veem que la companya de peu se anegaua, per ço com ells fugien enlloant missatge que nols encalessen que si no los Sarrahins los farien gran dany. E ells no sen volgueren estar per nostre missatge: e ab temor que nos haguem que ni morrien de xxx. en sus quant los Sarrahins los

Los historiadores valencianos que de este suceso se han ocupado han traducido la *Crónica* saltando todos por encima de esta frase ó haciendo comentarios á su placer; pero sin fundamento alguno, circunstancia muy singular y digna de tenerse en cuenta.

Beuter dice á este propósito: «Y viendo que no se detenian, sino que todavia seguian los Moros dio despuelas a su cauall assi como estaua desarmado, y corrio para hazerles boluer, que no se perdiessen, ni recibiesen daño. Junto con ellos y hizoles boluer: y como quiso reconocer que gente podian ser los Moros, en volviendo el rostro, tirole vn ballestero, y hiriole, passandole la saeta por debaxo de vn sombrero que trahia en la cabeza, y atrauesandole entre las sienes y la frente, quiso Dios que no le passo el tiesto ó caxco.» (1) Como se ve, Beuter no comprende bien al rey y dice que la saeta le pasó por debajo del sombrero; además test, cabeza, lo traduce Beuter por tiesto ó casco.

Escolano escribe, que el saetazo «cogiéndole por la falda del morrion, le atrauesó la frente, saliendo la mitad de la saeta por encima de la ceja izquierda, sin romperle el casco (2),» cosa que ni el rey la dice, ni comprendemos cómo pudo suceder.

Diago cuenta que «retirados ya algun tanto los Narboneses, boluendose el Rey á mirar la ciudad, y reconocer los Moros que estauan fuera della, le tiró vn ballestero, y le dió con la saeta en la cabeza cerca de la frente: sino que quiso Dios que no le atrauesasse el huesso (3).»

D. Vicente Boix escribe las siguientes palabras: «Viendo inútiles sus esfuerzos, corre al encuentro del arzobispo, y ya habia logrado dejarse oír entre la confusa gritería de los combatientes, cuando al volver casualmente la cabeza hacia la muralla, un ballestero moro que le andaba á los alcances le arrojó una saeta, que hendiendo rápidamente el aire fue á atravesar la frente augusta del soberano, quedando una arista de ella clavada encima de la ceja izquierda, por la fatalidad de tener sin duda en aquel momento levantada la visera (4).»

Como se ve ninguno de los historiadores citados se ha fijado en las palabras *capell de sol* ó al menos ninguno las ha traducido; en cambio todos cometen inexactitudes al narrar el hecho.

Los Sres. Flotats y Bofarull, en la version castellana que hicieron de la *Crónica* del rey traducen casco de suela por *capell de sol* (5).

brocasses, acostamos a ells en vn cauall que canalcauem, e faemlos tirar. E nos quens entornauem ab los homens, boluemos contra la vila a sguardar los Sarrahins, que hauia la companya gran de fora. E vn ballestier tirans, e depart lo *capell de sol* el batut donaus en lo cap ab lo correll prop del front. E Deus qui ho volch, no traspassa lo test, e exins be a la meytat de la testa la punta de la sageta, e nos ab yra quen haguem donat tal de la ma en la sageta que trencamla, e exins la sanch per la cara en jus, e ab un mantell de cendat que nos teniem torcauem nos la sanch, e veniem rient per tal que la host no sen esmayas. E entraumosen en vn Reyal en que nos posauem, e en ruxans tota la cara e els vills; si que del uil de la part hon erem ferits nous poguem veer be IIII. ó V. dies per la infladura. E quant la cara nos fo desunflada cauallcam per tota la host, per tal que la host no fos de conortada.» (Capitol XCVI de la conquista de Valencia.)

(1) *Coronica* general de toda España, y especialmente del Reino de Valencia, compuesta por el Doctor Pero Anton Beuter. Cap. XXXVII, pag. 206.—Valencia, por Pedro Patricio Mey.—1601.

(2) *Escal* no—tomo 1.º—columna 447.

(3) Diago: *Anales* del Reino de Valencia, tomo 1.º foja 3.4.—Valencia 1613.

(4) Boix: *Historia* de la ciudad y reino de Valencia, tomo 1.º pag. 140.—Valencia, 1815.

(5) *Historia* del Rey de Aragon D. Jaime 1.º el Conquistador; e crita en lemosin por el mismo monarca: tra-

Ignoramos que la palabra *sol*, unas veces adverbio, solo, solamente, y otras nombre sustantivo con dos acepciones, el sol y el suelo, significara además en lemosin lo mismo que *sola*, suela. Sus razones habrán tenido los traductores para darle este sentido, y puede muy bien *sol* ser una errata que viene perpetuándose desde las primeras ediciones de la historia del invicto rey.

En mi concepto el casco de suela no era pieza de la armadura sino, como escribe Beuter, un sombrerete ligero que usaba D. Jaime cuando andaba desarmado, y por lo tanto no tendría ni la forma de yelmo ni mucho menos cimera, como el que se conserva en la real armería. Cuando el rey se armaba de todas armas indudablemente usaba el *capell de ferre*, fuera de estas ocasiones no es creíble que llevara un yelmo de cartón.

Dudamos mucho por las razones espuestas, que el yelmo que se conserva en la armería real sea de D. Jaime. Un yelmo de cartón mas que prenda de la armadura de un gran guerrero, parece la copia destinada á conservarse como curiosidad histórica, y aun en este caso necesitábamos averiguar si existe ó al menos si ha existido el original.

Cuanto se refiere á los hombres esclarecidos merece el mayor respeto; pero esta misma razon nos obliga á buscar en todos los casos la verdad, y á no dejarnos llevar por gratuitas afirmaciones.

R. BLASCO.

ducida al castellano y anotada por Mariano Flotats y Antonio de Bofarull.—Barcelona.—1848.

He aquí la traducción hecha por dichos señores de todo el capítulo antes citado, que trasladamos para la mejor inteligencia de las personas que no conocen el lemosin:

«Otro día los soldados del arzobispo de Narbona tornearon tambien con los de la ciudad; mas como no sabían el ardid de los sarracenos, que simulaban retirarse para atraer cerca de la plaza á los que les atacaban, viendo Nos que así lo ponían en práctica y que los nuestros les seguían al alcance, les enviamos órden para que desistiesen é hiciesen alto, si no querían recibir grave daño. Despreciaron ellos nuestro aviso; y conociendo Nos que morían á lo menos unos treinta, así que los sarracenos les volviesen otra vez la cara, fuimos allí cabalgando, y les mandamos retirar á la fuerza. Regresábamos de allí con nuestros hombres, á la sazón en que volviendo la cabeza para mirar á la ciudad y á las numerosas fuerzas sarracenas que de ella habían salido al campo, disparó contra Nos un ballestero; y atravesando el proyectil el casco de suela que llevábamos, hiriónos en la cabeza cerca de la frente. No fue la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte; pero se nos clavó mas de la mitad de la saeta, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tron, que la quebramos. Chorreaban entonces por el rostro la sangre de la herida, teníamos que enjugárnosla con un pedazo de cendal que traíamos; y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco días teniendo enteramente privado de la vista el del costado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como hubo calmado la hinchazón, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo, para que todos cobrasen buen ánimo.»



INSURRECCION DE POLONIA.—TIPO DEL CAMPESINO ARMADO DE GUADAÑA.

COMPAÑÍAS DE GUADAÑEROS POLACOS.

Deseosos nosotros de anticipar á nuestros lectores cuantos hechos merezcan notarse en la vida pública y privada de las naciones que componen el universo, publicamos hoy un grabado que representa las compañías de segadores ó guadañeros, organizados militarmente, y que en general pertenecen á la clase de paisanos. Estos empezaron por obrar por su propia cuenta y riesgo, á la manera de los guerrilleros, y cuando la insurrección tomó vuelo, se organizaron en bandas, que después se hicieron compañías, para constituir mas tarde regimientos que se hallan hoy en campaña, é inquietan de tal modo á las tropas del gobierno ruso, que es preciso aumentar diariamente el contingente de los soldados encargados de reprimir la insurrección.

El arma principal de estos aldeanos es el *faulx*, unida perpendicularmente á un palo, relativamente corto, y de la que se sirven ya como lanza, ya como segadera común, siendo fácil comprender cuán terribles serán las heridas causadas por semejantes armas, que además de sus terribles cualidades, tienen la de haberse hecho el arma nacional de la insurrección, pues en las diferentes épocas en que Polonia se ha sublevado, sus defensores organizaron siempre partidas de guadañeros.

LA IMPRENTA.

Breves consideraciones sobre la misma.

La imprenta es el mundo de nuestra vida de relacion: gracias á ella, es innecesario que

los hombres se codeen en los grandes centros de población para estar en continuo contacto: desde que se ha descubierto la imprenta un hombre puede vivir sin vecindario próximo, en una aldea, en una quinta, porque aun así aislado no está solo: los libros y los periódicos le llevan desde los grandes centros, noticias de sus círculos conocidos, de sus amigos, de sus aficiones, los progresos de la ciencia, los adelantos del arte, etc.; en suma, le llevan un eco que aumenta en intensidad la distancia.

La imprenta, esto es, el lenguaje escrito, nos revela al hombre íntimo; al amigo á quien tratamos desde la niñez no le abrimos nuestro corazón como se lo abrimos frecuentemente á un lector desconocido. El lenguaje escrito, efectivamente, nos muestra al hombre espontáneo, libre de todas las convenciones ridículas de la sociedad; en el hombre escrito no encontramos, por ejemplo, ese escepticismo convencional y de uso corriente, que afectan, como un tributo debido á la sociedad en que vivimos, los hombres mas cándidos, los mas creyentes; ni encontraremos esa multitud de lugares comunes, frases de buena sociedad, fórmulas hechas, con cuyo cómodo recurso está dispensado todo el mundo del trabajo

de pensar para decir algo.

En el lenguaje escrito el hombre se muestra tal como es, y la sociedad tambien.

Parece que los pueblos de que no conocemos la literatura no hayan existido para nosotros. Separados del porvenir, es la verdad que esos pueblos, sin relacion ninguna con la historia de los demás hombres, no existen para el individuo de hoy, que retrocediendo en la pendiente de los siglos trascurridos, busca en el pasado las generaciones y las nacionalidades que fueron. El hombre se revela por sus actos y casi nunca por sus palabras: los escritos de un hombre, por poca meditacion que le hayan exigido, son actos tambien.

Dios, para esparcir la palabra de verdad, no quiso necesitar de mas recurso que de sí mismo, de la palabra del Dios-hombre; el hombre, para llevarlo á todos los confines del mundo, necesita del gran recurso de la imprenta. Complemento de la idea cristiana, la imprenta es una institucion á la cual no puede llegarse con osada mano sin contraer ante Dios y los hombres una inmensa responsabilidad. Santos varones la utilizaron en sus primeros tiempos para defender el dogma de Cristo y consolidar la Iglesia; por eso creemos que todos los hombres, todos los partidos, todas las tendencias que se agitan en los pueblos cultos deben mirar con igual simpatía esta benéfica institucion, poderoso medio de propaganda y de cultura.

Ella ha venido á continuar la idea del Redentor: ella ha contribuido á engrandecer esos ruidosos triunfos que las sociedades mo-

dernas rinden al pensamiento; ella ha hecho que no todas las victorias del hombre tiñan con sangre sus manos; ella ha dado inmensas proporciones á la admiración que producen los resultados magníficos de la ciencia y del arte; ella ha hecho un sacerdocio del culto de la idea, enalteciendo en la sociedad de hoy y en las generaciones venideras la misión del sábio y del artista; y ha levantado á sus protegidos á la par de los dueños de la fama y de los privilegiados de la fortuna. Abridle paso, hombres y naciones, porque ella lleva en sí todavía el germen de la civilización del mundo, de la redención de la especie; porque ella conduce por la tierra la idea del Dios-hombre.

PEDRO MANUEL YAGO.

DICHA COMPRADA.

I.

Hace unos cuantos meses que huyendo del calor que se disfruta en la corte, y no queriendo dirigirme á ninguno de esos puntos frecuentados por la sociedad que la abandona en la estación de verano, llevándose consigo sus fiestas, sus exigencias, sus pretensiones, me encaminé á una pobre aldea recostada en la falda de la sierra, que me ofrecía fresca temperatura, ricos panoramas y la dulce soledad que anhelaba mi agitado espíritu.

Al encontrarme en medio de aquella naturaleza virgen, al admirar á mis pies dilatadas vegas de mullido césped y pintadas flores, al contemplar ante mí la elevada sierra que parecía esconder su cima entre las mismas nubes, y al verme rodeado de sencillos aldeanos que se encaminaban con la aurora á sus faenas y volvían al morir la tarde, con sus aperos y sus mulas de labor, entonando alegres cantares, mi corazón se dilataba, mis ojos se elevaban con reconocimiento al cielo y murmuraban mis labios.

—¡Hé aquí la verdadera dicha! ¡En estos sitios donde todavía se conservan las costumbres de nuestros padres, aquí donde no se enseña á los niños á mentir ni á disimular, aquí donde cada uno vive contento con su suerte, aquí se aprende á conocer á Dios y servirle!

Tal era la exclamación que á cada instante lanzaba mi alma, y en el mancebo que alegre sacudía la parva, y en la zagala que risueña transportaba los cántaros, y en el anciano que se quitaba respetuosamente su sombrero de anchas alas al pasar ante la iglesia de la aldea, contemplaba yo otros tantos modelos de virtud, desconocidos en las grandes ciudades.

A los pocos días de permanencia en aquella pintoresca aldea, conocía á todos sus habitantes, con todos hablaba, y en breve formé parte de la modesta tertulia que en las primeras horas de la noche reunía en su casa el alcalde y pasaban el rato en el invierno jugando á la *treinta y una* y en el verano charlando en el espacioso portalón.

Era el alcalde hombre que contrastaba con la rústica simplicidad de sus convecinos por su ameno trato, su no vulgar instrucción y sus maneras desembarazadas, fruto de sus frecuentes viajes á la corte; estaba en esa edad en que se tiene experiencia de la vida sin ostentar aun el cabello cano, y á esa experiencia y á su claro entendimiento debía sin duda el considerarse feliz en su pueblo natal con medianos bienes de fortuna; su muger, señora muy recogida y cristiana; dos niñas hermosas como luceros, y su bastón de alcalde que manejaba con llaneza y rectitud.

Estábamos una noche sentados en círculo como de costumbre los conturbios, la conversación giraba sobre diversos asuntos de interés local, y entre tanto las niñas del alcalde saltaban sobre mis rodillas distrayéndome con sus

caricias: de repente la campana de la iglesia con el toque de ánimas cortó la conversación general, dándole al punto otro giro.

—A la cama, niñas,—esclamó la alcaldesa, tratando de llevarse á sus hijas.

—Otro poquito, otro poquito,—dijeron á un tiempo las dos.

—Imposible; mañana no podreis madrugar, y ya sabeis que al que madruga, Dios le ayuda.

Las niñas no replicaron; se despidieron de mí con un beso cariñoso, fueron asimismo despidiéndose de los demás circunstantes, y por fin se dirigieron ambas á su padre que las sentó en sus rodillas, las colmó de besos y las dejó marchar, volviéndose las dos desde la puerta á mandar otro beso á su padre en las puntas de los dedos, diciendo:

—Para ti, señor alcalde.

Lo cual hizo prorumpir á todos en una carcajada, haciendo asomar una lágrima de ternura á los ojos de la autoridad.

—¡Qué hermosas!—esclamó uno.

—Retrecherías es lo que ellas saben,—dijo otro.

—¡Son la alegría de la casa!—añadió su padre.

—¡Os harán muy dichoso!—esclamé yo.

—Cierto,—me dijo:—al contemplarlas, comprendo que la dicha no es tan extraña para los mortales, como algunos suponen.

—Si; para el que como V. tiene la suerte de encontrarla,—murmuró un señor ya machucho y regordete, citado en el pueblo como el mas rico y el mas escéntrico de sus moradores.

—Es verdad, Sr. D. Rufo,—esclamó una señora alta, enjuta, y de espresión desapacible; no es la dicha para el que la busca, sino para el que la encuentra.

—Tiene razon Gila,—añadió otro personaje, hombre como de unos cuarenta años, pálido, flaco, marido de la señora que acababa de hablar, y eco siempre de sus últimas palabras.

—¡Qué ha de tener!—dijo con suma gravedad otro marido, que, con su dulce mitad, formaba parte de la reunion:—yo me propuse encontrar la dicha, y mi casa es un nido de ventura: ¿verdad, paloma?—añadió dirigiéndose á su consorte, que no le contestó, mientras dos mugeres que á mi lado estaban, murmuraron, no tan bajo que no llegase á mi oído:

—¡Qué zalamerías, y anoche no quedó trasto sano en su casa!

—¡Como de costumbre!

—Pues no, señor,—continuó D. Rufo;—no á todos otorga Dios la dicha que apetecen.

Unos negaron este aserto, otros le apoyaron, promoviéndose una acalorada discusión, en la que solo dejamos de tomar parte, Rosa, muchacha fresca y sonrosada, hija del marido de Doña Gila, y yo. Ella, porque quizá no daba á la cuestión importancia, y yo, porque prefería oír el parecer de los demás. Por fin, Don Antonio, que así se llamaba el alcalde, esclamó terminando la cuestión:

—Es un error. El Eterno no niega la felicidad á ninguna de sus criaturas, siempre que éstas, por guía, elijan á la virtud y al buen proceder: ellos conducen á la felicidad, que el Hombre-Dios nos anunció al decirnos: *buscad y hallareis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá.*

Todos lanzamos exclamaciones de alabanza y gratitud, al que nos legó tales frases de esperanza y de consuelo, escepto D. Rufo y Doña Gila. Terminado el diálogo, fuimos despidiendonos del alcalde hasta el día siguiente, dirigiendonos cada uno á nuestra casa.

Al pasar el dintel de la puerta, apercibí mi oído la voz agreste de Doña Gila, que decía á su marido:

—¡El, como es rico!

Y la de D. Rufo, que murmuraba:

—¡Si se comprase la dicha!

Mientras yo, lanzando un suspiro, decía para mí con amargura:

—¡También en las aldeas se miente, se murmura, y se desconoce la bondad de Dios!

(Se continuará.)

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

Á LOS HÉROES DEL 2 DE MAYO.

Soneto.

Héroes que un día la nación Hispana
Vió alzarse altivos con ardor creciente
Y humillar del Coloso de Occidente
El ciego orgullo y la ambición insana.

De vuestro nombre esclarecido emana
La emulación que servirá esplendente
Para ejemplo del pueblo independiente
Que á la hidalguía la bravura hermana.

Sostenes dignos del honor que humilla
Del galo artero la feliz bandera
Que vió su afrenta en la inmortal Castilla.

Como el sol vuestra gloria reverbera
Que España es pura como el sol que brilla
Y á no ser como el sol ya no existiera.

FRANCISCO PÉREZ ECHEVARRÍA.

LA GUERRA.

Sangrientos lauros no envidio,
Que Dios al crimen aterra.
La historia es la eterna guerra,
Y la guerra el homicidio.

Se alzó el tirano á dominar la tierra,
Hollando al hombre con rencor profundo.
Gloriando el crimen, propagó la guerra:
Juzgóse Dios, y estremecióse el mundo.

Hundió ciudades y cruzó desiertos:
Llamóse justo en su sangriento encono:
Y sobre montes de apiñados muertos
De oro y de sangre levantó su trono.

Sobre el mundo la horrible tiranía
Batió sus alas: difundió la muerte:
Tronó su voz, y al hombre repetía:
«Miserable y fatal será tu suerte.»

Y de humo y llamas torbellino denso
Se alza do quiera, y hasta el cielo sube:
Vapor de muerte que del globo inmenso
Cubre la esfera en denegrida nube.

El sol mas puro que alumbró la tierra
Sus rayos de oro por Oriente asoma,
Y oye el fragor de la primera guerra
Salir del muro de la vil Sodoma.

Dios al oír que en su rencor insano,
Pisando sangre que en el suelo humea,
Himnos de gloria le elevó el tirano,
Escribió bajo el sol: «maldito sea.»

Los hijos de Israel que un día entraron
Siguiendo á Job en el Egipto grande,
Esclavos en el polvo se arrastraron:
Consiente Dios que Faraon los mande.

Y la opresión envileciendo al hombre,
Y templos profanando infanda guerra,
Ni el tirano tembló de Dios al nombre,
Ni á su venganza enmudeció la tierra.

Del Nilo las corrientes sumergían
Tiernos infantes, que llorando apenas,
Del casto seno del amor salían
Para nunca gemir entre cadenas.

Faraon y sus príncipes precitos
Que el hondo abismo de la mar cruzaron,
Y sus huestes sin fin, de Dios malditos,
Bajo la espuma de la mar rodaron.

Cubrióse el hombre de aceradas mallas:
Contra su hermano levantó el acero:
Resbaló con su sangre en las batallas,
Y á ejemplo de Cain hirió el primero.

Y parece que el mundo estremecido
De la guerra al estrépito se hunde;
Y al ay mortal del que cayó vencido
Con el canto de gloria se confunde.

Persópolis, y Ninive y Palmira,
Que del poder subieron á la cumbre,
Se desplomaron bajo inmensa pira
Al peso de maldita servidumbre.

Balbéc, Sidon y Tiro, y cien ciudades
Hundiéronse también con sus cimientos.
Sobre sus restos pasan las edades
Sin una voz que remedar los vientos.

En sus muros y templos y obeliscos,
Que el tiempo eterno en el abismo encierra:
En sus tumbas, alcázares y circos,
Y una generación durmió la guerra.

Mas la ambición, la vanidad y encono
Otra vez con el crimen se levantan.
¡Tienen con sangre el escabel del trono...!
Lloran los hombres y las aves cantan.

Con mengua y oro brillarán escritos
Triunfos sin fin de la ambición liviana,
Que es la guerra, en sus bárbaros delitos,
Engendro vil de la perfidia humana.

Los monumentos que el honor levanta,
Los triunfos que trasmite inicua historia,
Son el padron donde ignominia tanta
Se eleva á heroicidad, á prez y gloria.

¡Error! Error que el miserable suelo
Convierte en espantosa behetría.
¡Quién me diera abrasar con luz del cielo
La máscara de tanta hipocresía!

Fecunda al mundo el sol del firmamento:
El hombre se destruye ardiendo en ira:
Siguen los astros blando movimiento:
Dios, cual insectos, sin piedad nos mira.

Porque al oír que en su rencor insano,
Pisando sangre que en el suelo humea,
Himnos de gloria le elevó el tirano,
Escribió bajo el sol: *maldito sea*.

JOSÉ MARÍA BONILLA.

MELODÍA.

Si en tus mágicos ojos fulgura,
Como perla del alba en la flor,
Dulce prenda de amarga tristura,
Una lágrima pura de amor;

No la enjugues; que el alma afanosa
De esa lágrima pura al brillar
Ve la luz de una dicha preciosa
Tu purísimo pecho abrasar.

¡Oh! no apagues, no apagues, bien mío,
De esa lágrima pura el fulgor;
¡Qué sería la flor sin rocío!
¡Qué sería sin llanto el amor!

S. LOPEZ GUIJARRO.

Madrid Abril 1864.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

IX.

Los contrabandistas.

El tío Geromo era un desertor ó licenciado del presidio; él mostraba un gusto particular en aplicarse este título y hasta lo tenía como á gala y lo publicaba con ese torpe donaire y desenfado que se adquieren por medio de una larga carrera de crímenes y de sentencias infamantes. Puede afirmarse en suma, sin incurrir en error, que debía haberse librado de la horca por una rara casualidad.

En medio de su cínica y salvaje rudeza tenía un genio chancero y alegre. Durante los primeros días trató á Roman como suelen tratar ciertos hombres intransigentes á un niño cócora y mimado; pero á medida que se comunicaba con él, parece que iba concediéndole alguna superioridad y acabó por demostrarle cierto respeto.

Apercibido de esta transformación, el hijo de Marta respiró con mas desahogo. Había formado desde un principio el propósito de

huir de semejante compañía; propósito que á pesar suyo tuvo que rectificar. Bien mirado, ¿dónde iba él, criminal y proscrito, á ocultar sus huellas y á sustraerse de la pena que había merecido dando muerte al pobre Santiago?

No hay que decir, porque esto podeis suponerlo, que el grito de su conciencia se mostraba poco propicio á dejarle en paz. La sombra de su víctima le acosaba muchas, muchísimas veces, durante los días y las noches. Su amor á Celsa se hacía cada vez mas profundo y ardiente, y la memoria de sus desolados padres le hacía verter infinitas lágrimas de dolor. En estos momentos de suprema agonía, Roman procuraba estar solo, y al conseguirlo, dejábase caer en tierra mesándose los cabellos, ó se internaba por medio de los bosques umbrosos, llamando á la muerte con la mas amarga y desesperada aflicción.

De este modo pasó algun tiempo; el tío Geromo le había enseñado su oficio, y de vez en cuando solían encontrarse con una porción de jóvenes robustos, leñadores como ellos. Habíanle demostrado grandes pruebas de simpatía y á todos inspiraba confianza.

Cierta día, cuando el sol hacía brillar con sus primeros rayos las líquidas puntas de diamantes que el rocío había depositado entre las verdes esmeraldas de las praderas, despertó Roman y se halló frente á frente del tío Geromo, que le miraba de hito en hito. Nuestro joven comenzó á vestirse apresuradamente interin el licenciado le hablaba en estos términos:

—Vamos, vamos, está visto que no hay mejor espía ni mayor denunciador que el sueño, cuando la conciencia está un poco revuelta. Guárdate, querido mío, guárdate de dormir entre gentes que te quieran mal y que no sean sordos; porque, si te oyen, de seguro que te envían al *palo* como dos y tres son cinco. Y advierte que serás tú quien te habrás denunciado.

—¿He hablado tal vez durante mi sueño...?

—Mas que una cotorra, hijo mío. Hace unas cuantas noches que me estás contando tus aventuras con el mayor primor. En primer lugar, ya sé que tienes padres y hermanos, y que los pobrecitos deben haber sufrido mucho con tus calaveradas. Porque yo llamo una verdadera calaverada, el matar á un prógimo, que además ha sido un amigo de la niñez, por un quitame allá esas pajas. ¡Qué diablos! una muger, por mas que se llame Celsa (nombre que me huele á tonto desde cien leguas), no deja de ser una solemne majadería.

Roman estaba atónito viendo que había divulgado de tal manera los secretos de su vida.

—Y el caso es, prosiguió el licenciado, que con no confiarme tus penas, no haces otra cosa que remacharte mas y mas el clavo que llevas metido en el alma. Porque si me lo contaras todo con franqueza, yo que soy perro viejo y que conozco á las mugeres, puede que te diera consejos para ablandar á tu novia. Cosas mayores se habrán visto en el mundo; y aunque manco y romo, no lo soy tanto de entendimiento que no sepa devanar una madeja todavía mas enredada que la tuya.

Tanto habló el tío Geromo y tales razones le dió, que el desdichado Roman, considerándolo por otra parte iniciado en el mas principal acontecimiento de su vida, le contó su historia, si bien omitiendo los nombres de su familia y de su pueblo.

—Ya lo decía yo, exclamó el licenciado dándole palmaditas en un hombro; en todo este belén ha danzado una hembra que será hermosa como un sol y tan bizarra como tú la pintas; lo cual no impide que yo siga en mis trece. Con un poco de paciencia y otro poco de dinero, la justicia... ¡pues! ya me entiendes. Se echará tierra sobre el asunto, y negocio concluido.

—Pero yo.... ¡ah! yo no volveré á mi casa, no pisaré mi pueblo y viviré separado de Celsa para siempre.

—Segun y cómo, chiquito.

—No comprendo....

—Dices que ese Santiago te aseguró que la muchacha debía ser ambiciosa....

—Eso me dijo.

—Y también lo creo; tendrá presunciones de ser hija de un grande de España.

—Poco tendría eso de extraño: Celsa es bella y altiva como una reina.

—¿Luego será orgullosa?

—Un poco.

—¿Y no ves que el orgullo va caminando siempre en compañía de la ambición? Vamos, muchacho, procura enriquecerte y ya verás como la consigues.

—Si eso fuera cierto....

—¿Qué?

—Sería capaz de buscar oro y fortuna en el centro de la tierra.

—No es menester tanto; yo te pondré en camino y tú marcharás luego por tu cuenta....

—¿Pero de qué modo?

—Dentro de tres días lo sabrás.

Inútiles fueron los esfuerzos que hizo Roman por arrancar al viejo la revelación de aquella promesa. El tío Geromo se encerró en su obstinado silencio.

Tres días despues, el hijo de Marta se paseaba impaciente por el interior de la mezquina y miserable cabaña. Estaba solo y esperaba que llegase su compañero. La noche había cerrado y una espesa niebla impedía ver lo que pasaba á tres pasos de distancia de la puerta.

Hacia frio y creyó conveniente calentarse. A este fin, arrojó sobre el hogar un haz de leña seca, que una vez encendido, inundó la estancia de luz y de calor.

Mucho tarda Geromo, dijo Roman al cabo de un rato, levantándose y corriendo hacia la puerta.

Nada descubrieron sus ojos; dió un silbido y nadie le contestó.

—Es raro, volvió á decir hablando consigo mismo; durante los dos meses que vivo con este hombre, jamás ha estado fuera de aquí despues de anochecido.

Y volvió á pasear y á entregarse á sus profundas cavilaciones.

—¡Dios mío, Dios mío! murmuró una vez pasando la mano por su frente. ¿Será posible que el amor que siento por una muger, que acaso no me corresponderá jamás, sea bastante á inspirarme ideas tan descabelladas como las que ahora cobijo en mi mente? ¿Me habré vuelto loco hasta tal punto, que me lisonjee la esperanza de vencer toda clase de obstáculos valiéndome de los medios que pueda proporcionarme un desertor del presidio?

Al decir esto, Roman se detuvo y prestó atención, porque le pareció haber escuchado á lo lejos un silbido.

—No hay duda, será él, será el tío Geromo; murmuró con profunda emoción; será él, y si me aconseja que cometa un crimen.... ¡oh! entonces.... que el cielo se compadezca de mí!

En esto resonó mas cerca un segundo silbido, y Roman volvió á precipitarse hacia la puerta.

—Por aquí, muchachos, por aquí, dijo á la sazón el tío Geromo, que sin duda estaba ya inmediato á la casa.

—No viene solo, pensó Roman sin ver aun á los que se acercaban; veamos qué significa todo esto.

Despues de un breve espacio de tiempo, el dueño de la cabaña penetró en ella seguido de una porción de hombres ágiles y robustos; quienes, apoyados en gruesos y nudosos bastones, caminaban despacio y como agobiados por el peso que llevaban sobre sus espaldas.

—Adentro y abajo la carga, exclamó el tío Geromo atrancando la puerta y tan pronto

como todos hubieron penetrado en su albergue.

Los recién venidos no aguardaron á que se les diese por segunda vez el consejo que acababan de escuchar. Cada cual arrojó á tierra un fardo que de seguro pesaría como de seis á ocho arrobas. Las frentes de aquellos hombres manaban gruesas gotas de sudor.

—Orearse un instante, muchachos, dijo el viejo.

Los diez ó doce, que tal sería su número, se acercaron al fuego y bebieron un trago de vino que el tío Geromo les facilitó.

—Para eso había yo llenado mi bota, volvió á decir el viejo escanciando á su vez parte del licor que en ella se contenía.

Roman se acercó al grupo y reconoció en aquellos visitantes nocturnos á los leñadores con quienes había trabajado alguna vez.

Después de haber bebido y descansado un instante, el tío Geromo que los dirigía, cogió una luz y se encaminó hacia el boquete de que ya os he hablado al contaros la llegada de Roman.

—Vamos á guardar todo esto, dijo aludiendo á los pesados fardos.

Y cada uno de los recién venidos tomó de nuevo su carga, colocando sobre su frente y al derredor de sus hombros por debajo de los brazos, dos grandes y fuertes correas.

—Adentro, exclamó Geromo penetrando con la luz en el agujero.

(Se continuará.)

EL TERMÓMETRO.

La temperatura de un cuerpo es el grado de calor que en él se manifiesta; á proporcion que predomina el calor se dice que se *eleva*; en razon de lo que se enfria se dice que *baja*. Todo instrumento que puede servir para evaluar la temperatura se llama *termómetro*, expresión tomada de dos palabras griegas que significan *medida del calor*. La invención del termómetro data del siglo XVI, y es atribuida por unos á Galileo, y por otros á un médico holandés llamado Drebbel.

No teniendo nuestros sentidos la perfección suficiente para poder apreciar con exactitud las variaciones de la temperatura, fue preciso recurrir para apreciarlos á los mismos efectos de dilatación que el calórico produce en los cuerpos. Atendida la poca dilatación de los cuerpos sólidos no pueden ser empleados sino para medir grandes variaciones de temperatura, y partiendo de este mismo principio viene á deducirse que el gas por su mucha dilatabilidad puede ser ventajosamente utilizado para medir

las mas ténues modificaciones de la temperatura. Se ha dado por consiguiente á los líquidos la preferencia para la construcción de termómetros; pero los únicos de aquellos cuya utilidad ha sido generalmente reconocida son el alcohol y el mercurio.

El termómetro de mercurio es el mas usual, y sus indicaciones son las mas exactas. Se compone de un tubo capilar de cristal soldado á una esfera de la misma materia como se representa en el grabado 1. La esfera y la parte interior del tubo están llenas de mercurio. Visto el muy pequeño diámetro interior del tubo, la introducción del mercurio ofrece algunas dificultades de que vamos á ocuparnos con la mayor brevedad posible. Principiase por soldar en la parte superior del tubo un pequeño embudo de cristal en la forma que lo representa el grabado 2. Se derrama en él una cierta cantidad de mercurio, y á fin de que pueda vencer la elasticidad del aire contenido en el tubo, se eleva la temperatura de este calentándolo ligeramente á la llama del alcohol ó poniéndolo sobre unas ascuas. Repítase esta operación hasta que el mercurio penetra en el instrumento. Verificado esto se separa el embudo cortando el tubo y se cierra la estremidad soldándolo á la llama de una lámpara de esmaltar.

Sin embargo, antes de cerrar herméticamente el tubo, es preciso hacer salir bastante cantidad de mercurio para que á la temperatura ordinaria no llegue mas que á la tercera ó cuarta parte de su altura, sin cuyo requisito el mercurio al dilatarse rompería el cristal del tubo. Queda entonces el termómetro en disposición que nada necesita ya mas que graduarlo.

La graduación del termómetro estriba en el siguiente principio. Siempre que la temperatura se eleva ó baja, el mercurio de la esfera debe contraerse ó dilatarse, y por consiguiente debe marcar un punto mas bajo ó mas alto en el tubo. Para indicar con precisión esta baja ó subida, es preciso trazar una es-

cala á lo largo del tubo, y esta escala indicará la graduación, ó sea las distancias intermedias entre el hielo fundente y el agua hirviendo. Estos dos extremos sirven de norma, porque se ha observado que la temperatura en que el hielo se derrite es constantemente la misma; así como tambien lo es aquella en que el agua entra en ebullición, con tal que sea destilada, es decir, perfectamente pura, y con tal que se la haga hervir en un vaso de metal y no de vidrio á fin de que la presión atmosférica sea constantemente igual á la altura barométrica de 76 centímetros.

Para determinar el primer punto fijo, es

decir, el que corresponde al hielo fundente, se encola una estrecha tira de papel á lo largo del tubo y se sumerge en hielo triturado, grabado 3, teniendo cuidado de dar salida al agua que resulta de la fusión. Después de haber permanecido el tubo como unos 20 minutos en el hielo se marca en la tira de papel, en el punto correspondiente al nivel del mercurio, un trazo, que es el primer grado ó punto fijo. El segundo se determina por medio del aparato que representa el grabado 4, y que consiste en un vaso de hoja de lata, sobre cuya cubierta se eleva un largo tubo de la misma materia. En la parte superior de este tubo se sostiene el termómetro haciéndolo pasar al través de un tapon de corcho.

El vaso contiene agua hirviendo cuyos vapores, subiendo por el tubo, envuelven el termómetro y se desprenden por los otros dos tubos laterales. Conócese que el mercurio se halla á la misma temperatura del agua hirviendo cuando el mercurio deja de subir, y entonces á su nivel se marca el segundo punto fijo.

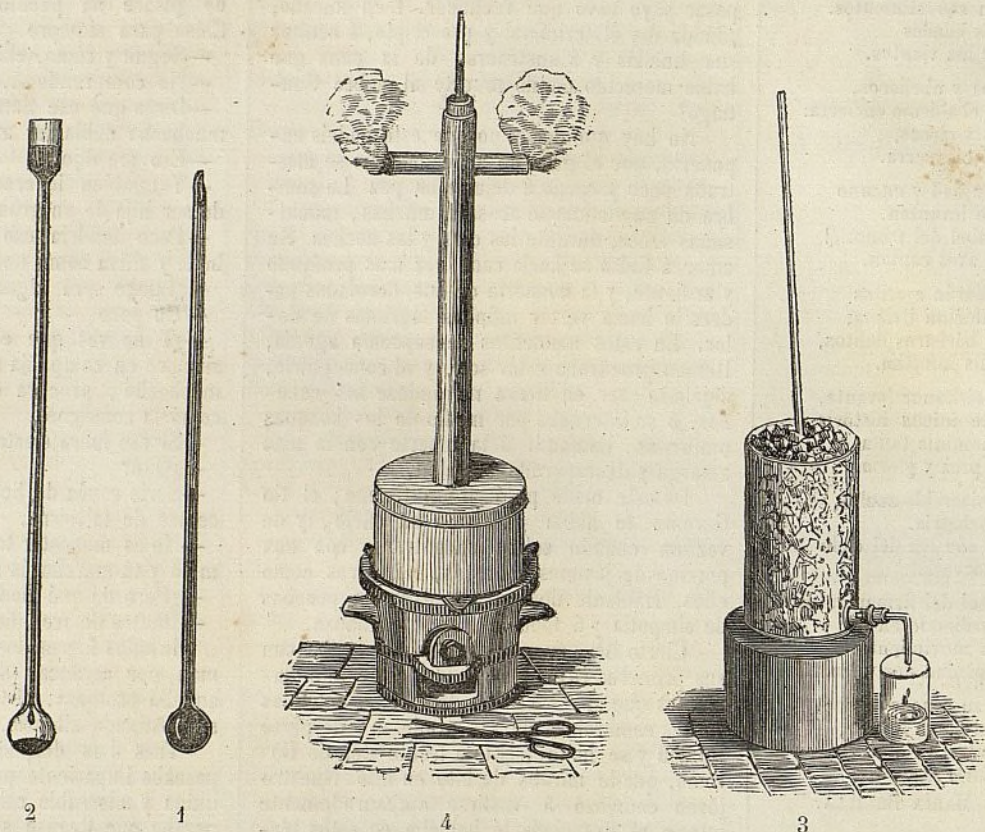
En el primero, es decir, en el de la temperatura del hielo fundente se marca un cero como para indicar que es el origen de la graduación, y en el segundo se marca un 100 y el intervalo de uno á otro punto se parte en cien divisiones iguales que se llaman grados. Prosigúense estas graduaciones por debajo del cero y por encima del ciento en cuanto lo permita la longitud del tubo del termómetro y y queda hecha la graduación.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.



EL TERMÓMETRO.

1 y 2 Sistema para llenar de mercurio el tubo capilar del termómetro.—3 Determinación del cero en el termómetro.—4 Determinación del ciento.